

# *Un día en la vida de Silvestre Panador*

## CAPÍTULO 11

### La catedral



Julius Güémez

(Septiembre-Octubre 2002)

## Capítulo 11

### La catedral



La vuelta en coche a la ciudad tiene se lleva a cabo a velocidad suicida, sobre todo por lo que se refiere al mal estado de las carreteras. El poco tráfico de la carretera provincial permite a una segura Basilia seguir de lejos al mil quinientos. Completamente desnuda, no tiene tiempo ni de sentir frío, tal es su concentración en la persecución, aunque tiene carne de gallina. Silvestrín, algo tembloroso y agarrado como si fuera su tabala de salvación a su estuche de termómetros,

hay momentos en que la observa de reojo con tanta admiración por su arrojo como enamorada delectación. Crizan el pueblo de Barreda a toda velocidad, atraviesan como una exhalación, y con un gran salto del coche que les levanta de sus asientos, el río Pas sobre el combado puente medieval en Puente Arce, pero a la vista de la iglesia de Peñacastillo, Basilia acelera a tope su Seiscientos para no perder a Capelotas entre las calles de la ciudad. El pequeño automóvil parece que va a despiezarse, pero aguanta el tirón y ruge hacia adelante. Varios toboganes después, llegan a las calles céntricas de la ciudad. La calle San Fernando no tiene apenas tráfico de entrada y llegan pronto a la calle Burgos para entrar en la calle del insigne compositor Jesús de Monasterio, hijo preclaro de Potes, y avanzar hacia la calle Calvo Sotelo, así llamada en honor del protomartir de la Cruzada.

— ¡Este tío se dirige sin duda a la catedral! —grita Basilia mirando a Silvestrín un instante, pero sin perder de vista al coche del cura. La zona le resulta familiar a Silvestrín, y la pequeña mole, pobremente iluminada, de la catedral se observa en cuanto llegan a la Plaza de las Atarazanas, antiguos astilleros reales, y que Silvestrín reconoce por el monumento a la Asunción de la Virgen, milagroso episodio mariano al que tiene gran devoción. Gira el cura con chirrido agudo de neumáticos gastándose contra el pavimento en la calle Alfonso XIII, y vuelve a girar a la derecha en la calle Somorrostro, frenando con violencia y dejando el coche al pie del Callejón de los Azogues. Desciende el cura Capelotas presuroso, pero no tanto como para olvidarse de los termopares, cuyo transformador lleva bien sujeto bajo el brazo, y sube a saltos las escaleras para cobijarse bajo los arcos de la catedral vieja.

Cuando Basilia y Silvestrín llegan justo detrás del coche del cura, éste parece haber desaparecido, tal es la rapidez con la que se ha esfumado. Pero pronto observan que por delante del milquinientos hay varios coches aparcados en fila. Uno de ellos es un sobrio y largo Mercedes Benz negro, que ya antes han visto en Comillas, al que afea una abolladura en la puerta del conductor, y que está decorado con un banderín con la enseña del Vaticano. Otro es un Rolls Royce de imponente fachada y sólida factura que tiene un banderín con el escudo del obispado. Y un tercero, achaparrado y largo, luce orgulloso a un lado un banderín rojo y negro con el jugo y las flechas de Falange y en el lado opuesto otro banderín con los palos floridos de los tradicionalistas bordado en rojo sobre fondo blanco, símbolos del Gobernador Civil y del Jefe Provincial del Movimiento, uno y duo,

de la provincia. El cuarto coche de la fila previa, el quinto después de la llegada de Capelotas, no tiene ningún distintivo ni banderín.

—¡El Barreiros de mi padre! —dice Basilia, que no ha podido menos que reconocer el coche oficial de don Onofre, grande como un coche americano y que consume la cara gasolina como tal.

—¡El coche de don Santiago! —añade algo asombrado Silvestrín, que ha reconocido en el cuarto coche estacionado en el aparcamiento oficial el Hispano-Suiza de su mentor científico. Ahora que sabe que el profesor Londrino está en turbios negocios con el clero, este hallazgo no le sorprende demasiado. El Hispano-Suiza le fue requisado a un colega termodinámico que antes de la Cruzada se mofaba sin reparo en las mismas narices del grupo de termólogos de las teorías energeticistas de Ostwall y de las teorías políticas de falangistas y requetés, razones ambas y complementarias que llevaron a su alejamiento, espacial y temporal, de la universidad sana de la que ahora disfruta el país, perdiendo él el coche y estando a punto de perder algo más. Considerado que el coche era propiedad de los termólogos afines al régimen, don Santiago lo confiscó de su mano mayor, y hasta hoy ha hecho uso y abuso del mismo, y cuyo consumo en gasolina es puntualmente pagado por la termología.

Descienden ambos con premura del seiscientos, pero al verse así desnudos corren al interior del coche y observan las respectivas sotanas, con mucho barro pero no demasiado mojadas. Hacen una evaluación de lo que han rescatado de la cueva en cuanto a indumentaria, y comprueban que Basilia ha cogido sus rotas zapatillas negras y húmedas, una camisa destrozada, el chaleco rebozado en barro, y la falda rasgada y que Silvestrín ha recuperado sus destrozados zapatos, el pantalón sin botones, la rebeca completamente mojada, aunque en el interior de su sotana lleva las dos braguitas de Basilia, una seca y otra mojada, su retrato y el fajo de billetes. Se colocan como pueden las sotanas y viendo el estado del calzado deciden que será mejor ir descalzos. Coge Silvestrín el ahora completo estuche de los termómetros, y salen pitando hacia las escaleras por las que se ha perdido Capelotas, no sin que antes Basilia inspeccione con parsimonia y sangre fría uno por uno los cuatro coches estacionados.

Al llegar a los arcos bajo la catedral nueva, descubren que la puerta de la catedral vieja está cerrada. Siguen subiendo las escaleras y atraviesan el arco ojival bajo la torre de la catedral. El sugestivo rincón pétreo que forman la torre y la entrada al Claustro tiene un aspecto tranquilo, casi medieval. La puerta de madera que da entrada

al claustro está abierta, así que ellos la franquean.

Acceden a las escaleras de la entrada principal de la catedral, y las suben sólo para comprobar que la puerta de dicha entrada está cerrada a cal y canto. Ambos se miran sorprendidos, pues en el silencio del recinto no hay ni rastro del cura. Deambulan entonces por el claustro a la vez que van comprobando que todas las puertas del mismo están cerradas. Y no se escucha un solo ruido. Un apósito con restos de sangre coagulada y algunos pelos caído junto a la estatua yacente de don Pedro de Corván les indica que el director Capelotas ha debido pasar por allí. Pero las frías losas del recoleto claustro, de sobria traza gótica, no les dan la más mínima pista sobre dónde ha podido meterse el cura. Dan una vuelta completa al claustro, decorado con tallas y algunas sepulturas con estatuas yacentes, pero no descubren nada. El frío empieza a hacer mella en sus cuerpos, y si no descubren pronto algo, tendrán que desistir. Sus pies helados son como de mármol y Silvestrín no puede ver sin que los ojos se le arrasen de lágrimas cómo tiritaba Basilia. La abraza, sin soltar su estuche de termómetros, y la muchacha parece recobrar el calor corporal y con él la entereza.

Pide silencio Basilia con un siseo y dirige su oído hacia el centro del claustro. En la quietud de la noche, unas voces muy lejanas y huecas parecen provenir de ultratumba, del más allá. Son gritos apagados, algunos desgarradores, como de almas sometidas a martirio, que surgen del subsuelo. Y sorprendentemente, parecen venir del jardín del claustro. Abre Basilia una de las puertas con pequeños cristales que dan paso al mismo, y ambos acceden al bien cuidado jardín. Los árboles proyectan sombras amenazadoras. Las voces son más nítidas y, por momentos, más aterradoras, desgarradas. Un portalón bien camuflado bajo una capa de césped, y colocado bajo un limonero, está semiabierto y asegurado con una barra de acero. Sin duda, quien ha entrado por él tenía mucha prisa. Unas escaleras descendentes, apenas iluminadas, parecen introducirse en el subsuelo. Sin dudarlo, Basilia comienza a descender por las escaleras, con tacto mucilaginoso al pie desnudo, seguida de cerca por Silvestrín, que aunque en circunstancias normales se habría abstenido de bajar las húmedas escaleras, en compañía de Basilia se atreve a arrostrar cualquier peligro. Quisiera ir él delante, pero ella ya se le ha adelantado.

Las escaleras bajan y bajan, y al final llegan a un rellano. Atraviesan un pequeño túnel siguiendo la luz que proviene de una rendija al fondo del mismo. Dicha rendija no es sino una pesada

cortina que oculta tras ella una gigantesca habitación construida en ladrillo rojo visto. Observa Basilia con cuidado de no mover la cortina y descubre que es de allí de donde provienen los espeluznantes gritos de dolor. Dos enormes mesas de nogal bien barnizadas decoran la habitación, sin ninguna ventana –obviamente, pues es subterránea–, y soportada por cuatro columnas cilíndricas sin ningún adorno formando una bovedilla. Los gritos de terror se hacen más terribles y lacerantes y Basilia le dice a un aprensivo Silvestrín que deben ponerse a gatas para entrar en la habitación y evitar ser vistos por los tipos que hay en la misma –y ella ya ha reconocido al menos a Capelotas, aunque no ha sido fácil–, y esconderse detrás de la primera mesa. Así lo hacen, poniendo mucho cuidado en reptar y en que los movimientos de la cortina no les delate. Sube Silvestrín delicadamente el extremo inferior de la cortina sin moverla y ayuda a Basilia a entrar. Luego ella repite la maniobra con él. Cuando llegan detrás de la primera mesa, los tipos de la habitación no han reparado en que ya han entrado y desde donde están no les pueden ver.

– ¡Este sodomita consentido ha echado a perder todo el puto plan con su incompetencia! –grita histérico el enjuto nuncio Perkovic, mientras agita con peligrosa vehemencia una barra de hierro –dotada de un mango de madera y cuya punta está al rojo vivo–, cerca de la cara de Capelotas, que, comprensiblemente, suda de pánico mientras se debate impotente para evitar la amenaza del hierro candente, pues está encadenado por los pies, suspendido boca abajo y con las muñecas atadas al suelo–. Por menos de esto he mandado yo al cielo a cientos de serbios heterodoxos a la Santa Madre Iglesia Romana en su repugnante ortodoxia oriental y herética –añade mientras hunde el extremo de la barra en la barriga de Capelotas. Se eleva una columna de humo blanco del agujero que se ha producido en la sotana del cura suspendido en la pared, y ese no es el primer agujero que le han hecho esta noche, y éste gime y suplica como un poseso.

– ¡La culpa la han tenido la chica de don Onofre, esa zorra comunista metomentodo, y su acompañante, ese cazurro pelirrojo de Silvestre Panador! –acierta a sollozar el director Capelotas, mientras apenas puede evitar que la sotana caída le tape la cara.

– No insultes a mi niña, a mi ojito derecho –grita don Onofre–. Aunque su madre fuera aquella comisaria política del Quinto Regimiento tan guapa, ella es hija del descarriado de mi hermano Fernando y ella no tiene la culpa de nada –grita don Onofre mientras golpea con el *manganiello* –auténtico acero de Ensidesa envuelto en

cuero negro onubense de la más fina calidad— la prominente barriga de Capelotas, que está a punto de ahogarse por los vómitos —del filete de ternera que se ha comido a las cinco de la tarde— que el golpe le ha producido.

Basilia mira a Silvestrín y palidece, tal vez de frío, pues está descalza sobre las frías losas, pero él sospecha que la culpable de tal estremecimiento ha sido esta sorprendente noticia. Ella se creía huerfana de madre, pero no sospechaba que era hija del tío Fernando, el exiliado en la Unión Siviética que todos los años por Navidad le envía postales con sellos de Lenin y la hoz y el martillo.

Ante el cura colgado hay un recipiente de hierro con carbones al rojo y barras de hierro introducidas entre ellos. A su lado, algunos otros instrumentos de tortura, réplica de los depositados en un museo de Santillana, demuestran que se trata del lugar en el que el nuncio Perkovic da buenas razones a los curas desviados del recto camino sobre la necesidad de volver al redil de la verdadera doctrina católica.

—Ellos ha manipulado los generadores de vapor y los han hecho saltar por los aires, ignoro cómo y por qué —gime el director Capelotas, que todavía no entiende cómo han logrado destrozarse el valioso instrumental del que era primer responsable.

Al oír el obispo Empompa estas autoexculpatorias palabras relativas a la pérdida irreparable de tan caros instrumentos de la bien reputada tecnología germánica, en los que había depositado todas sus esperanzas de un futuro económico mejor para su cuenta suiza — y, eventualmente, caso de tener dificultades para evadir tanto dinero, para la diócesis— y para sus inversiones en bolsa—, toma furioso por el asa de madera otra de las barras de hierro al rojo, la extrae de los carbones rojizos y sin atender a las súplicas del colgado, la hunde sin piedad en la barriga de Capelotas. Un chisporroteo llena la cámara toda y el olor a grasa quemada invade el ambiente. Los gritos del director del seminario estremecen las paredes, pero pronto cesan, pues éste se desmaya.

—¡Te dije que tuvieras cuidado con ese material, que su pago lo ha adelantado esta diócesis a cuenta de los beneficios espirituales de nuestra región! —grita el obispo sin hacer caso ni de los primeros alaridos de Capelotas ni ahora de su silencio, y cuyos apósitos de la cabeza se han despegado y le cuelgan sanguinolentos. Las vendas también se están desenredando y casi llevan al suelo, con lo que la cabeza del colgado parece el doble de grande de lo que es en realidad. Y con los movimientos agitados que imprime a su cuerpo atado cada

vez que siente el hierro candente chamuscando su carne pecadora, está ayudando a que las vendas le abandonen-. ¡Casi un millón de pesetas perdido, que lo habíamos sacado del fondo que las beatas llevan diez años ahorrando para comprar los pasos de la Semana Santa! ¿Qué vamos a hacer ahora? Terminaremos todos en misiones, en América del Sur, o peor aún, en la malsana África trópic al , entre crueles antropófagos hambrientos de nuestras blancas y delicadas carnes.

El obispo se mesa los rizados cabellos y aplica la barra candente al cuerpo de Capelotas, pero pronto repara en que éste está desmayado y cesa en este hostigamiento inútil.

- No te preocupes Cipriano -dice el nuncio dirigiéndose al obispo-, diremos que el dinero lo han robado los comunistas, que habrán así unido el delito civil al sacrilegio religioso, algo muy propio de ellos. Montaremos un asalto falso con unos cuantos seminaristas y a seguir viviendo del cuento este de dios -añade el nuncio, especialista en simular ataques enemigos utilizando a los amigos.

Cipriano Empompa, es el obispo de la diócesis desde hace algo más de diez años. Hijo de padre guineano y madre aragonesa -de Calatayud, por lo que siempre se refieren a él como el bilbilitano Empompa-, es muy querido en su parroquia, sobre todo por el coro de beatas, entre las que corre la voz de que su padre le dejó en herencia africana algo más sustancioso y oscuro que el bonito tono café con leche que luce su piel. Entre risitas, las beatas que lo comentan suelen poner las palmas de las manos una frente a la otra y dejar sus buenos treinta centímetros entre ambas. Su estancia en la diócesis ha sido bendecida por un inusitado aumento del número de nacimientos entre los elementos -las elementas principalmente- más implicados en el apostolado cristiano en las diferentes parroquias, con un curioso efecto de moreno en la piel de los neonatos, incluso en aquellos pueblos más recónditos de su diócesis, lo que ha sido saludado como un milagroso efecto de ósmosis obispal, aunque Empompa lo atribuye a los efectos taumatúrgicos que tiene el Rolls Royce que conduce, que hace enloquecer a las feligresas. "Ver el futuro más negro que los cojones de Empompa" es una frase que ha gozado en tiempos pasados de cierta popularidad entre algunos miembros masculinos de la diócesis, elementos subversivos que perturban su paz.

-Otro plan estúpido más -dice el obispo mirando con odio al nuncio y rechinando los dientes mientras arrastra las sílabas- y te envío de vuelta a Kiev para que termine el Ejército Rojo de hacerte un ocho en el agujero del culo, que aquellos ucranianos medio maricas

no terminaron de emplearse a fondo contigo y te dejaron a media terminar, que tu y el Papa me teneis hasta los mismísimos con vuestra chorradas, que hasta que llegaste bien contento que vivía yo entregado al apostolado de toda la vida.

El nuncio, viendo descubierto de forma tan vejatoria su más íntimo secreto, secreto que él creía bien a salvo en la intimidad de su alma, pero que por lo que acaba de oír debe ser *vox populi*, frente a tan parlanchina audiencia, promete vengarse del obispo, aunque sea lo último que haga en su vida. Sabe el nuncio de primera mano que don Santiago y don Onofre le odian, cada uno por diferentes motivos, pero en general por haberse afiliado al Opus Dei, grupo de eficientes tecnócratas que han desplazado a falangistas y tradicionalistas –“Se han deshecho de nosotros”, suele decir don Onofre a don Santiago– y cuyo fundador está sin duda llamado a ser un día no muy lejano elevado a los altares, tal es la santidad cristiana con que conduce a su rebaño.

– La culpa es también tuya Santiago –masculla furioso el obispo–, ¿a quién se le ocurre enviar a ese pedazo de energúmeno palurdo de Silvestre Panador a recuperar los termómetros? ¡Esa mala bestia, ese paleta, y sin duda ayudado por el maligno, nos ha chafado todo plan!

Don Santiago se agita ofendido ante la referencia a Silvestrín, pues la acusación le parece del todo injusta.

–¡Pero cómo iba a imaginar yo que el simplón de Silvestrín, que es un cacho de pan blanco y más cándido que un coro de beatas –dice don Santiago con vehemencia– iba a ser capaz, no ya de recuperar uno solo de los termómetros sino todos ellos, y además echar por tierra todo nuestro plan! ¡Si yo le tenía por un ceporro! Hace cuatro años que le vengo engañando con su tesis para que me siga dando gratis una serie de clases y todavía ni se ha dado cuenta ni ha protestado, el muy alma de cántaro. –Hace una pausa el catedrático termólogo–. Y si vosotros no fuerais tan incompetentes e incapaces –añade señalándoles uno a uno con el índice–, ese tontorrón, que todo lo que tiene de grande lo tiene de estulto, no os habría arrebatado los termómetros y dado al traste con todo el asunto. ¡Pero claro!, se nos va la fuerza con las meretrices y los mancebos y así pasa lo que pasa, que sois todos unos puteros maricones –concluye indignado don Santiago.

Al escuchar Silvestrín las crueles palabras referidas a él, que se hunden con dolor en su pecho como un estilete manejado por mano experta, el corazón se le paraliza, tal es la desalmada puñalada surgida

directamente de la boca de quien hasta hoy tenía por su mentor científico. Pero Basilia le conforta con un amoroso abrazo y esto es suficiente como para que él recobre el ánimo.

– Esta taimada forma de proceder proviene sin duda de sus genes semitas, no cabe duda –dice el nuncio–. La perseverancia y constancia propia de la raza judaica, junto con su inteligencia y maldad innatas –añade Perkovic, cuyo tétrico paso por Sarajevo durante la última guerra mundial dejó a la colonia judía de esa ciudad instalada en vagones de tren con rumbo a Polonia y sin billete de vuelta.

Esta afirmación sobre su origen judío sorprende todavía más si cabe a Silvestrín que la anterior, pues él no tiene ni idea de qué están hablando y cómo es que saben tanto sobre su vida.

– Yo ya le dije a Crispulo que no se casara con Virtudes, que ese niño era hijo de Leonard W. Bernstein, uno de los comunistas de la Brigada Lincoln y esos eran todos judíos. Pero ese hombre es un blando y la quiere demasiado –dice con rabia don Santiago–. ¡Pero si hasta dejó que lo circuncidaran yo todo, admitiendo la peregrina excusa de que eso es higiénico y bueno para la salud sexual! ¡Como si los españoles no fornicáramos a gusto sin más que operarnos de fimosis! –concluye indignado el profesor mientras espera la aprobación de sus hasta ahora compañeros de prostíbulo a esta patriótica afirmación.

Todo este torrente de información difícil y dolorosa de asimilar habría acabado con el equilibrio anímico de Silvestrín hace unas horas. Pero ahora se siente fuerte al lado de su Basilia, capaz de asumir ya todo lo que venga, por doloroso que sea. Y ahora se explica también Silvestrín el comentario de Basilia en la cueva al ver el fino trabajo de circuncisión que han llevado a cabo con el prepucio de su pene. Pero los allí reunidos tienen otros motivos además de Silvestrín y Basilia para estar mohínos.

– Todo nuestro afán por evangelizar en nuestro propio país se ha venido abajo? ¡Pobre España! –suspira el obispo–, dejada cual puta barriobajera en manos de estos falangistas prepotentes y disolutos y de estos peseteros hipócritas del Opus Dei.

Estas palabras logran sobresaltar a parte de la audiencia –no así a Capelotas, que sigue desmayado–, aunque don Santiago asiente con la cabeza, pues los tradicionalistas de la boina roja con borla como él hace mucho tiempo que no rascan bola en los negocios sucios provinciales y están celosos de falangistas y advenedizos, que están recalificando terrenos a lo largo y ancho de la región con las correspondientes comisiones.

– Vamos, vamos, señor obispo, alma impoluta –interviene don Onofre con un tono de absoluto desprecio–, que ya me han informado los servicios de seguridad de la Falange Hedillista de que su diócesis ha venido adquiriendo a tu nombre cuevas sin ningún interés artístico o arqueológico por toda la región para redecorarlas con supuestas figuras prehistóricas con el método aquí diseñado por este gran hombre de ciencia que es don Santiago –añade con sorna displicente– y para así montar su propio negocio de pinturas rupestres en competencia con el Estado. ¡Cuervos de mal agüero y buitres carroñeros!, eso es lo que sois los obispos gordinflones, que sólo pensais en follar y tragar, tragar y follar. ¡Si hasta habéis inscrito una sociedad anónima para explotar el negocio y vosotros dos sois los socios mayoritarios –dice con desprecio don Onofre mirando alternativamente a don Santiago y al obispo–! Lo que no sabe este idiota de nuncio es que con su dinero tú te dedicas a comprar fincas a tu nombre alrededor de las futuras cuevas rupestres cristianas, que después de la cultura viene la pitanza –añade don Onofre mientras Perkovic abre los ojos como platos–. ¡Esta traición al Movimiento Nacional a Falange y al Nuevo Estado Español no quedará sin lavar debidamente! –añade don Onofre mientras saca con disimulo un revolver negro y bien aceitado, recuerdo personal de aquellas tardes de verano en que salía a pasear con amigos que ya no volvían a cenar, que siempre lleva el gobernador consigo entre el pantalón y la barriga y al que también acompaña una pistola automática en una cartuchera bajo el sobaco izquierdo.

Sin reparar en la pistola que maneja don Onofre, el nuncio rechina los dientes. ¡Así que este par de pájaros de cuenta le vendieron el cuento de que iban a cambiar la historia, con mayúscula, de la humanidad para adecuarla a la Biblia y resulta que lo único que querían era regentar una cadena de explotaciones comerciales! ¡Y encima sin contar con él para repartir beneficios! Sus socios deben pagar esta vil traición, en eso está de acuerdo con don Onofre. Por otro lado, don Santiago, ferviente tradicionalista, pero nada juntero ofensivo nacional sindicalista sonríe complacido por el malestar que se ha logrado crear.

– ¡No te hagas ahora el inocente, Onofre, que no cuela! –le grita don Santiago–. Bien que te has apresurado bajo mano a comprar un buen paquete de acciones de Cuevas Cristianas Prehistóricas, S. A., ¿qué crees, qué no nos hemos enterado? –añade señalándole con el dedo–. Y a quién sino a ti se le ocurrió la brillante idea de quedarse con parte de los termómetros que yo proporcioné al obispado para

llevar a cabo el primer prototipo de cueva cristiana retocada con gracia y salero. Logramos convencer a este imbécil genocida de Perkovic de que iba a ser una misión bendecida por el Vaticano y vas tú y casi nos jodes el invento con tu afán por comprar un Beckman. Tú convenciste a Gonzalo Bezno de Cubil para que se apropiara de ellos cuando mi enviado Gerardo Depecho los iba a entregar a la gente del seminario de Corbán en “El loro azul y carmesí”. Y una vez desatada la codicia de los intermediarios, tu socio en la fábrica de Nescafé, esa bestia parda de Beltrán Quilizante, quiso hacer él solo el negocio. ¡Ni con esas te voy a aprobar la terminología a la niña, que nos ha salido más comunita que La Pasionaria y más puta que las gallinas! –grita encendido don Santiago al recordar que intentó cambiar un aprobado en terminología por los favores sexuales de Basilia sin más que obtener el desprecio de ésta.

Don Onofre se está poniendo de color carmesí, y azul por algunas partes del cuello, por el ajustado y exacto relato que sobre sus actividades inversoras está presentando don Santiago, pero su última frase sobre Basilia ha decidido su suerte a los ojos de don Onofre.

– Menos mal que este imbécil de Capelotas supo reaccionar a tiempo y recupero parte de los termómetros de manos del energúmeno de Beltrán –toma el relevo de acusaciones el obispo sin darle tiempo a don Onofre a descerrajar un tiro a don Santiago entre los ojos–. Pero claro, vencido por el vicio sodomita, dejo en manos del crápula de Cinazo la preciosa mercancía y ese putero vicioso los puso de nuevo en tus manos, Onofre, a cambio de un buen dinero. Así, hasta que ese hideputa de Panador logró recuperarlos uno a uno con la inestimable ayuda de la furcia de tu hija –grita el obispo–. Así que no te hagas ahora la víctima, ¡joder!

El disparo del pistolón de don Onofre suena atronador en la mazmorra y antes de caer al suelo, derecho como una vela, el obispo tiene tiempo de ver cómo brota su sangre a la altura de su esternón por el pequeño agujero que la bala que ha salido del pistolón de don Onofre ha producido al destrozar su corazón antes de alojarse en la tercera costilla.

–¡Que no insultéis a mi niña, joder, que no sé cómo cojones hay que repetirlo! –grita don Onofre– Si es que con vosotros no vale de nada la buena educación, ¡hostias!

Don Onofre se vuelve hacia don Santiago para darle otra píldora de la misma medicina que acaba de aplicar a Empompa, pero pronto se da cuenta de la gravedad de su error. Cuando quiere rectificar ya es

demasiado tarde y la barra de acero con mango de madera que blande el nuncio con gran maestría –ya tibia por el tiempo transcurrido desde que la sacó de los carbones–, se abate sobre la calva cabeza de don Onofre abriendo un surco profundo a su paso. El sonido hueco de un coco tropical abriéndose para mostrar su jugosa pulpa retumba en la mazmorra. Éste suelta la pistola en un movimiento reflejo, momento que aprovecha don Santiago para intentar huir. Pero las prácticas de tiro que el nuncio llevó a cabo en Rusia durante la segunda guerra mundial cuando se dedicó a asistir espiritualmente a los *SS-Einsatzgruppen*, no han sido olvidadas y coge éste con rapidez la pistola, apunta con cuidado y, sin precipitarse, aprieta el gatillo. Don Santiago, cuyas débiles piernas no le han llevado muy lejos en su carrera, cae al suelo sin un suspiro, como un pajarito. Con fría determinación coloca el nuncio la empuñadura de madera de la barra de acero en la mano inerte del obispo yacente y aprieta la mano exangüe contra ella. Del mismo modo, limpia la pistola con un pañuelo y la pone en la mano derecha de don Santiago, cerrándola después sobre la empuñadura de madera.

Supone el nuncio que el único testigo que podría contar, no ya lo que allí ha acontecido, sino que él estaba presente en la mazmorra, es el director Capelotas. El nuncio observa con mirada de hielo su cuerpo invertido, chamuscado y agujereado, emite una risotada y de una precisa patada vuelca el recipiente con los carbones ardiendo en dirección al director del seminario. Caen algunos carbones bajo la cabeza de Capelotas y comienza la ignición de sus vendajes y apósitos desprendidos, fuego que pronto se extiende a su sotana. Los débiles gritos de colgado en combustión pronto cesan, así como sus convulsiones, mientras la habitación se llena de olor a humo.

Limpiándose las manos con asco en su sotana con ribetes rosas, el nuncio se dice a sí mismo que es el momento adecuado para hacer un largo viaje y visitar Argentina, un país que siempre le ha gustado para ejercer su tarea evangelizadora y en que puede encontrar muchos antiguos compañeros de armas. Pero justo en ese momento recupera don Onofre la consciencia por un instante. El previsor falangista saca de la sobaquera izquierda con su mano derecha una plateada pistola automática con cachas de nacar, regalo del Generalísimo por sus servicios de Gobernador Civil, que siempre lleva encima, y con esfuerzo agónico quita con el pulgar el seguro de la misma. Y con la puntería del campeón provincial de tiro, descarga las quince balas del cargador sobre el plexo solar de un incrédulo nuncio que acaba de

girarse para ver lo que quedaba por limpiar en tan escabroso lugar. Los quince truenos retumban en la habitación en rápida sucesión y Basilia y Silvestrín se tapan los oídos en un acto reflejo. Expira don Onofre mientras rebota la pistola con gran estruendo contra las losas del suelo. El nuncio apenas tiene tiempo de ver con los ojos saliéndosele de las órbitas cómo brota abundante su sangre de los quince agujeros antes de caer sin vida al suelo.

Tras el silencio que se ha instalado en la habitación, salen Silvestrín y Basilia de detrás de la mesa horrorizados de la rápida sucesión de acontecimientos y de lo que allí ha sucedido, y lo hacen para comprobar que ya no pueden hacer nada por ninguno de los cuatro individuos que llacen inertes en diversas posiciones ni por el cura colgado de la pared. Coge Silvestrín los termopares y la caja cúbica que Capelotas depositó encima de la segunda mesa, se lo coloca bajo el sobaco izquierdo –pues el derecho lo tiene ocupado con el estuche de los termómetros– y abandona la mazmorra requerido con urgencia por los gritos de Basilia para que no se entretenga. Una vez ha salido él del subterráneo, Basilia vuelve a colocar la trampilla, y el efecto de camuflaje es tal que no se distingue del resto del césped. “Espero que esto nos dé unos días de ventaja”, le susurra ella. Silvestrín no puede menos que asentir y sonreír.

En la calle, la noche ha caído sobre la ciudad. Están ateridos de frío y Silvestrín mira a Basilia con gesto protector. Y una vez más, ésta no duda. La robusted del seiscientos le ha permitido llegar hasta allí, y aunque el esfuerzo sobre carreteras llenas de baches ha traqueteado los amortiguadores, el coche está intacto.

La visión del sufrido coche emociona por un momento a Basilia. Pero, como ya es habitual en ella, no tarda en reaccionar. Con gesto decidido se dirige hacia el Rolls Royce. Abre la puerta y el olor de los asientos de cuero le llega intenso a su pituitaria. Las llaves del coche están puestas en el contacto, pues el obispo gustaba de conducir su propio coche –suyo de sí mismo, pues porvenía de una familia guineana rica, que proporcionaba pasajeros a los barcos del marqués de Comillas que llegaban a Cuba desde África–, y siempre lo tenía a punto para salir en visita pastoral y así extender el color café con leche entre los niños de la región.

Abre Basilia la puerta del acompañante, le indica Silvestrín que se suba al coche. Pero Silvestrín no lo ve claro.

– Creo que es mejor dejar aquí los coches oficiales y largarnos en el seiscientos –acierta a decir Silvestrín–. Si alguien nos ve con el

Rolls llamará a la policía –añade.

Basilia le mira con cara de sorpresa y se da con la palma de la mano en la frente.

– Tienes razón –dice dirigiéndose hacia el seiscientos–, sería una estupidez irnos en alguno de estos coches.

Entra ella decidida en el coche y mientras enciende el motor, apenas tiene tiempo Silvestrín de sentarse a su lado.

–¡Al hotel Real! –grita Basilia.

Arranca ella con un chirrido de llantas quemándose contra el pavimento. Toma la calle principal de la ciudad, gira a la izquierda en dirección prohibida para cruzar por debajo del arco del Banco de Santander, maniobra que obliga a otros automóviles a frenar ante el pequeño y sucio coche, lo que produce un coro de bocinazos, sube por la calle del Martillo y rápidamente llegan a la calle Menéndez Pelayo y al alto Miranda. Gira a la derecha, gira a la izquierda y enfila una calle con grandes pinos a los lados. En este barrio tan señorial pronto se destaca la mole imponente y blanca del hotel Real.